

Paradigmas de comprensión y signos de los tiempos. Algunas reflexiones¹

JUAN BARRETO BETANCOURT

1. Paradigmas de comprensión de la realidad. Utilidad y límites

Los paradigmas son retículas mentales a través de las cuales tamizamos la realidad. Son como *cuadrículas* que nos permiten establecer relaciones mentales entre distintos aspectos de la realidad. Es importante comprender esto: *no son la realidad misma, sino un instrumento para representarla*.

Esa representación está condicionada por la cultura ambiente. La cultura occidental, hoy la cultura hegemónica, ha venido imponiendo desde la modernidad, y, especialmente desde la ilustración en su deriva científico-técnica, una comprensión unilateral del mundo, en que se priorizan las *correlaciones cuantitativas*: las dimensiones de espacio, tiempo, materia y energía (tanto, cuanto, más, menos); esta cultura ha hecho prevalecer el paradigma científico-técnico como mapa para establecer (determinar y casi decretar) lo que es “real” y lo que no lo es: lo que es cuantificable, y lo que no lo es y, por tanto, pierde el estatuto de *real*.

Valga el símil de un mapa geográfico. El de Perú, por ejemplo. Es la representación en una lámina en que, con líneas y colores, se distribuye la superficie de papel en porciones a escala, correlativas a las proporciones reales de la geografía de esa parte occidental de la América del Sur. Inscibimos en él otros elementos como puntos o pequeños círculos que *representan* la ubicación correlativa de las ciudades; y con colores distinguimos las áreas boscosas de las áridas, las

¹ Este texto fue escrito como respuesta al requerimiento de la comunidad de religiosas Siervas de S. José, que trabaja en Cusco (Perú) y con las que el autor ha colaborado durante muchos años (Nota del editor).

montañas de las llanuras; trazamos *con líneas* azules el curso de los ríos, etc.; con líneas gruesas *representamos* las demarcaciones y fronteras...

Cruzado de líneas imaginarias de meridianos y paralelos, inscribimos el dibujo en una red que nos permite comparar ese *espacio representado* con otros espacios circundantes y con el del globo terráqueo en general (también representados). En realidad nos servimos de líneas y distribuciones geométricas (matemáticas) para representar el espacio y las relaciones dentro de él: dimensiones, distancias, proporciones... cantidades.

Ponemos la mano encima del mapa, señalamos con el dedo, y decimos: “Esto es Perú”; “aquí está Perú”. Pero ¿qué queremos decir cuando decimos: “Esto es Perú”?

Pleguemos el mapa. Prescindamos del papel. Ya llevamos *en la mente* el “mapa” de Perú. Ahora Perú es una *representación mental* que hacemos nuestra.

Con esa *imagen* en la cabeza emprendemos viaje y nos vamos a ese lugar de América, ponemos pie *en tierra*, en la tierra parda de El Callao; nos recibe el viento fuerte del océano que nos llena los pulmones y respiramos por él (vivimos por él); la ciudad de El Callao, Lima, Cusco, no son puntos en medio de otros tantos circulitos distribuidos en la superficie de papel, son inmensos colmenares de casas, estruendo de ruidos en las avenidas, voces que suenan, que se llaman, carteles publicitarios que reclaman tu atención, y, ¡la luz!, un cielo “panza de burro” que tamiza la luz del sol y mete tu propia sombra bajo tus pies porque es verano y mediodía. No encontramos las líneas gruesas de las fronteras y las demarcaciones: los árboles y las rocas, los valles y las montañas, las aves y los animales las ignoran, nunca las han conocido; los ríos dejan de ser trazos de tinta azul sobre el papel, y, en lo alto de los Andes nos sale al paso el Urubamba con su estruendo que ha tallado en la mole de las montañas el gran valle que *es* sagrado (¿quién lo ha hecho sagrado?, en todo caso ¿qué es *eso* de sagrado? ¿cómo ponerlo en el mapa?). Y los olores, los sabores, las gentes, sus rostros, sus lenguas y acentos, sus historias personales y colectivas, sus monumentos, las peripecias vividas, las esperanzas, los temores, las risas y los llantos, los proyectos, los cantos... la vida multiforme...

Cuando decimos Perú, nos damos cuenta de que es una palabra, un concepto, en el que caben muchas cosas, tantas que no es posible abarcarlas todas. Es más, Perú significa para cada uno cosas muy diferentes, porque la palabra *remite a una realidad* que cada uno *experimenta de forma distinta al entrar en contacto vital con ella*.

Digamos que el mapa (el de papel y el de nuestra cabeza) es una *representación paradigmática* de ciertas correlaciones en el espacio, de una realidad

que en ningún modo cabe dentro. Tiene su utilidad como *representación esquemática*. Pero esa representación hecha a escala por el ser humano (adaptada a su instrumento interno de comprensión) es extremadamente limitada. Es, en efecto, *un artificio instrumental* que nadie puede confundir con la realidad.

La realidad, la vida (o eso que llamamos “realidad”), es el elemento *previo*; nos sale al encuentro a medida que la vamos *experimentando* en su desarrollo *en el tiempo* —el de la realidad misma y el de la experiencia personal y propia—; es dinámica, esto es, progresiva y, por tanto, con nuevos aportes que completan, e incluso corrigen, experiencias anteriores. Los mapas mentales se van ajustando a las nuevas experiencias, como instrumentos provisionales abiertos a la novedad que puede cambiar la conformación primera.

Todo paradigma tiene esa *utilidad de uso* para facilitar el acceso a la realidad misma *desde una determinada perspectiva*, pero no *puede suplir la experiencia de la misma realidad*. Más aún: la cuadrícula del paradigma (hay que insistir: cualquier paradigma), *puede contribuir (dependiendo de su uso) a sesgar la lectura de la misma realidad* simplificando los datos que la realidad ofrece; seleccionando aspectos, orientando la mirada hacia unos elementos y obviando otros, determinando así perspectivas y lecturas en detrimento de otras posibles.

El peligro de los paradigmas es que sean tratados como *fijación de perspectivas* y pretendan determinar (y estatizar) una *comprensión totalizante de la realidad*, esto es, fijar y dejar por única una visión unilateral.

Por ejemplo: yo vivo en una calle que desciende en dirección al mar lejano al que contemplo desde mi terraza a unos 600 metros sobre su nivel; contemplada desde mi punto de observación *mi calle desciende* sobre la ladera, y esto es *incontrovertible*. Mis vecinos, conocidos desde hace muchos años, que viven al final de la calle cerca del rellano en que esta concluye (una rotonda vial que bifurca los caminos), cuando vienen a visitarnos o a hacer las compras en el mercado vecino, no dudan en decirme que la *calle asciende*. Ahora bien, *ser descendente y ser ascendente* aplicados a la *misma* calle, son perspectivas contrapuestas, por las que nunca hemos discutido. Los dos vemos la misma realidad: las mismas casas, los mismos árboles en las aceras, desde *perspectivas contrapuestas* pero no excluyentes.

No es lo mismo contemplar el mundo eligiendo como punto de observación el globo terráqueo (nuestro *mapa conceptual* de la tierra), aplicar nuestro ojo al ojo ciclópeo del telescopio, mientras que *nuestro ojo interior* se adentra en el espacio sin confines del cosmos registrando estrellas y galaxias (nuestro *ojo anatómico*, ¡no lo olvidemos! solo registra sensaciones de luz y de tinieblas); no es lo mismo, digo, que elegir como punto de observación la mirada inversa del

microscopio, y adentrarnos en el mundo de vértigo sin confines de las partículas atómicas y subatómicas: quarks (protones y neutrones), neutrinos y bosones...; o, situarnos en la atalaya de nuestra conciencia y dirigir nuestra mirada *hacia adentro* como C. G. Jung: “Miró a su propia alma con un telescopio. Lo que parecía todo irregular, él mostró que eran hermosas constelaciones; y añadió a la conciencia ocultos mundos dentro de otros mundos” (Coleridge, *Notebooks*). Los poetas (de la palabra, de los colores y las formas, de los sonidos...) y los místicos, nos hacen penetrar en la realidad por otras tantas puertas abiertas al misterio inabarcable.

Lo que llamamos “mundo” solo puede ser visto desde el punto de observación del ser humano (que es una parte ínfima de él). Todas las perspectivas están condicionadas por esa *ubicación puntual* (circunscrita a su espacio y a su tiempo) irremediable y esencialmente limitada, condicionada, por tanto, por la propia estructura de su órgano de visión. ¿Quién puede contemplar el conjunto de la realidad aunando todas las perspectivas desde todos los puntos de vista posibles en que puede ser contemplada? Esa mirada panóptica es imposible para el ser humano.

Esta imposibilidad es la que se expresa con el lenguaje mítico de la prohibición de acceso al fruto del árbol de la “ciencia del bien y del mal”, expresión semítica que se refiere a la *totalidad* del saber. A este propósito conviene recordar que los mitos no son meras expresiones de un saber umbroso y rudimentario, sino de experiencias profundas que brotan de las raíces mismas del subconsciente colectivo: las experiencias e intuiciones fundantes del ser humano.

2. Los “signos de los tiempos” y el problema del sentido

Signos de los tiempos es una expresión que usó Jesús de Nazaret para referirse a los hechos nuevos y cambiantes que, como los fenómenos atmosféricos, irrumpen en la experiencia humana condicionando su curso (Mt 16,2-3; Lc 12,54-56).

Jesús reprocha a sus oyentes que, sabiendo lo que *significan* ciertos cambios atmosféricos manifestados en la *mutación* del color de los cielos y en las formas de las nubes, o el cambio de la dirección de los vientos, *no se percaten*, sin embargo, del significado de *otros hechos* que advienen y exigen también interpretación.

Subyace a esta observación de Jesús, la experiencia humana de enfrentarse a *hechos-realidades*, a veces sorprendidos, que salen a su encuentro sin que el ser humano los determine y que, por el contrario, influyen en él; ocurren en el devenir

histórico, son *portadores de significado* y requieren interpretación. Es *una forma de lenguaje factual* que demanda comprensión y respuestas consecuentes.

El principio que subyace a esta concepción y la sustenta es que *la realidad es parlante*, esto es, portadora de un sentido que trasmite; un lenguaje que se expresa con su sintaxis propia de *correlaciones* que hay que saber leer e interpretar; y, si transmite sentido, es porque hay un emisor de tal sentido que demanda un receptor. El ser humano lo es porque se considera *un receptor de ese sentido* (un receptor, otros seres, los conocidos y otros hipotéticos desconocidos, captan sin duda, o podrían captar, *otros sentidos* según la capacidad y estructura de su *órgano receptor*) porque, obviamente, él no es el originador del mismo; pero, a su vez, su recepción está condicionada por su capacidad de percepción que es limitada (porque él mismo, por principio, lo es) y esa capacidad está por ello sujeta, además, a distorsiones.

Negar que haya algún origen de sentido es negar que haya sentido. Para que se produzca sentido se requiere un emisor y un receptor, es una experiencia, por definición, de reciprocidad.

Ahora bien ese proceso de comunicación se experimenta como fluyente, no cerrado, es decir: el sentido *está abierto en el tiempo* a nuevas comunicaciones y nuevas percepciones, es *un proceso comunicativo* que se reformula incesantemente.

Lo que se requiere del receptor es estar abierto, porque es la realidad misma, comunicada como *palabra factual*, la que ha de ser experimentada para ser asimilada y luego comprendida como parte de un proceso abierto de comunicación.

Negar que haya algún origen (originador) del sentido es negar el sentido mismo. O, dicho de otro modo: lo que llamamos sentido sería solo una fantasía debida a la estructura bioquímica del ser humano. Todo ocurriría en la mente del ser humano; de lo que se seguiría, consecuentemente, la vaciedad del pensamiento y del lenguaje como medio de comunicación: en ese caso *no habría sentido expresado ni sentido que expresar* o comunicar.

Solo quedaría la adecuación al *estado de no comprensión originario*, la anulación en la conciencia del pretendido sentido. En este caso la única actitud coherente del *espíritu humano* (?) sería la del repliegue al reducto de la *autoconciencia* (fantasmagórica por definición), como ensimismamiento en ella, la sumersión en el “Ello Mudo y Sordo”; la *espiritualidad* posible (?) sería la identificación con ese “Ello” (no con “Él/Ella”), quiero decir: no con “El Sujeto-Comunicador”, sino con “El Objeto-Mundo”, esto es, con la materia muda, con las

turbulencias de la energía caprichosa con las que empieza y acaba el universo y en él, el ser humano parte ínfima de él.

Jesús es heredero de la cosmovisión y antropología hebrea: el Espíritu es el gran impulso (*ruah*) Comunicador (Gn 1,2); lo que llamamos mundo, incluido en él el ser humano, es un gran proceso expresivo, y su contenido es Palabra que busca y requiere interlocutor.

Los seguidores de Jesús lo identificaron a él como expresión de La Palabra –de la Palabra raíz, fundante del mundo (Jn 1,1-3; *cf*: Gn 1,1.3)– y sintieron, al vincularse a él (al Espíritu animador de su curso vital humano en el tiempo y en espacio en que vivió), la experiencia de ser parte y partícipes de ese diálogo que constituye la estructura íntima con la que el mundo se va construyendo, esto es, se va expresando como comunicación.

Las primeras generaciones que reflexionaron sobre esta experiencia entendieron que este proceso de *comunicación* confluía en la com-unió plena con el Tú fundante de toda comunicación, *Padre/Abbá* lo llamó Jesús y así lo llamaron ellos; es una conceptualización analógica, claro está, (¿podría haber otra mejor?, Jn 17,20-23). Así lo *vivieron* los místicos (no sólo los místicos cristianos). La dirección final como plenitud y cumplimiento (el *telos*) no es esencialmente la “visión beatífica” que propone la teología medieval (que acentúa unilateralmente el aspecto *gnoseológico*, esto es, la plenitud del *conocimiento*) cuanto la plenitud de la “común-unió” o perfección de la comunicación y del sentido: la *agape* (la plenitud de la unión como experiencia de comunicación-recepción amorosa).

En esa comunicación, común-unió, se da la plenitud del sentido, como plenitud de ser en el Ser. Eso quería decir Pablo cuando aseguraba que lo que queda, el decantado último del curso vital, porque es la culminación de todo el proceso expresivo, es la *agape* (1 Co 13,8-13). Y el autor de la carta primera de Juan expresa lo mismo, de otro modo: que ese principio, que es también el fin al que tendemos, “*es*”, *agape* (1 Jn 4,7-8).

3. Una nota irónica

Evidentemente, todo este razonamiento que estamos tejiendo, hecho de preguntas en busca de respuestas, sería, en sí mismo, un absurdo, si no hubiera sentido. En caso de que las preguntas fueran posibles, nadie respondería. Las estrellas, las galaxias, la materia, la energía magmática del universo, no preguntan ni responden. El cosmos es mudo y sordo; el ser humano, *parte integrante de ese “Ello”*, nunca habría realmente hablado, porque nunca en realidad habría pensado.

Lo que llamamos pensamiento se reduciría a registrar dimensiones y proporciones, acciones y reacciones (sin sentido), hechos físicos (los psíquicos se reducen a hechos, en última instancia, físicos) y sus efectos (o sus aparentes correlaciones).

Hoy las máquinas, réplicas (que no *creaciones*) del ser humano, hacen esos cálculos con cada vez más eficacia. Los seres humanos, a través de los cuales ellas han surgido, comienzan, con razón, a imitarlas. En realidad son la proyección de su ideal capacidad (?) posible. ¡Hablamos como si tal cosa, de “inteligencia artificial”!

El mismo lenguaje humano, por consiguiente, es un sistema caprichoso, confuso y confundidor (de sedimentación heterogénea). El lenguaje no sirve a la verdad puesto que esta, en principio, no existe, toda la realidad es neutra, no tiene, por definición, propósito ni sentido. La validez del lenguaje se mide, pues, no por su capacidad de transmitir sentido (una verdad inexistente) sino por su *capacidad de generar cambios y producir efectos*, es decir, por su poder. Y su poder es, en realidad, *una forma de poder físico* (por definición el único posible). Así lo entienden, de hecho, todos aquellos que ostentan cualquier tipo de poder: económico, político, etc., que no buscan transmitir sentido, sino producir el efecto que pretenden. No es que haya llegado ahora la era de la postverdad –como dicen–; en realidad, nunca ha habido verdad alguna. Los que emplean el lenguaje como instrumento de *poder físico*, lo hacen con toda coherencia y, digamos, con eso que llamamos legitimidad.

El único lenguaje fiable (es decir, *útil*; esto es, *eficaz*) sería el de las formulaciones matemáticas (en último término, físicas). En las relaciones llamadas sociales, es cada vez más necesario apoyarse en las estadísticas, el cálculo de probabilidades, para asegurarse el efecto pretendido (y en esto hay una, cada vez más sofisticada, especialización cibernética que se exhibe –y se emplea– con meticulosidad).

Por otra parte, y con toda coherencia, se ha propuesto que para dismantelar el artificio tramposo del lenguaje habría que tratarlo de reducir a formulaciones que tuviesen la precisión (la logicidad) de las fórmulas matemáticas (véanse las corrientes de la *filosofía analítica*). La única verdad es la del mundo físico, solo perceptible y expresable por sus aspectos cuantitativos (que son, por otra parte, sus únicos aspectos *reales*).

4. ¡Seamos realistas!

“Este es el mundo en que vivimos. El mundo *real*. El único”.

Así nos dicen. Pero ese no es *mi mundo*. Y presiento que tampoco el de ellos. Ni el de ustedes. Por eso me hablan y por eso les estoy hablando. Todos sabemos que *entendernos* es más que ser transmisores mecánicos de mera *información de acciones y reacciones*, por otra parte, sin sentido.

Todos sabemos que tenemos necesidad de dirigirnos a *alguien*. Todos sabemos que cuando nuestro Yo, ¡misteriosa palabra y más misteriosa experiencia!, toca su frontera en un Tú no se siente encerrado, sino liberado hacia otro espacio que no puede poseer, pero en el que, a su vez, se reconoce ¡extraña reciprocidad en el ser-siendo, de los “sujetos”! Sin esa reciprocidad no se reconocería a sí mismo siquiera, porque ese re-conocimiento mutuo es la puerta abierta, la única, a un horizonte sin el cual el propio Yo se asfixia y se contrae a la impasibilidad de la materia: “objeto en el Objeto-Mundo, sordo y mudo”.

Pero “hay que ser realista. Este es el mundo en que vivimos”, insisten. ¿Pero esto fue siempre así? Ellos, –me refiero a los portadores de ese pensamiento robotizado que tiende a colonizar todo el pensamiento humano– saben que no, pero decretan que *siempre debió ser así, y que es solo en este estadio cuando el ser humano (?) alcanzaría su pleno desarrollo*; lo llaman la “era del conocimiento”. Y ¡con cuánto entusiasmo!

Descartes marcó el camino de nuestra cultura agonizante: “Pienso, luego existo” fue, para el redivivo Arquímedes, el punto de apoyo con el que quiso cimentar el mundo que llamamos moderno, “el de las luces” lo llamarían más tarde. Se refería a la *auto-conciencia*, como el reducto de una verdad irreductible. Se atrincheraba en esa certeza como en un castillo inexpugnable. El Yo se erigía en la única garita segura para la observación y conquista del mundo finalmente real (es decir tangible, sometido a su peso y su medida, como debe ser todo lo que aspire a ser verdaderamente real); convertía así todo lo demás en Objeto frente al Yo. Con ese “espíritu geométrico” determinaría el camino (el *Método*) según el cual iba a trascurrir el pensamiento dominante de occidente.

Pero, me atrevería a observar, que el principio que formula es, ante todo, una “expresión”, esto es: “una palabra”, y, como tal y necesariamente, y antes que nada una comunicación de un Yo (que es su soporte), y que, por lo mismo, e inevitablemente, requiere un Tú. ¡Toda palabra siempre requiere un tú! El soliloquio es un desdoblamiento del “yo” en un “tú” subrogado (y todo pensar solitario es un duoloquio forzado); la misma auto-conciencia del “yo” es la conciencia desdoblada en un tú proyectado como un Yo y objetivado.

El Yo no se sustancia en el mero contenido del pensamiento, ni siquiera en el pensamiento sobre sí mismo, sino que solo se experimenta (es solo objeto de experiencia) en el acto mismo de comunicar con un Tú. Solo es objeto de ex-

perencia, como la del tacto o la vista, *anterior a toda formulación*: (es la intuición innata) la experiencia del pasadizo de tránsito recíproco que pone en contacto al Yo con el Tú, la experiencia de una reciprocidad constitutiva tanto del uno como del otro. Solo en ese tránsito recíproco el Yo experimenta que existe, y tiene su expresión más cabal en el plural: ¡existimos!

El singular del "...luego existo" del principio cartesiano, la existencia solitaria, es la experiencia de la angustia que diagnosticaron los existencialistas, esto es, del encierro sin salida, la nada. Llenar ese cerco nihilista con el sucedáneo de una superabundancia de objetos sobrevenidos, está siendo la experiencia frustrante y trágica que caracteriza nuestra civilización: nunca se llena esa nada sin fondo alguno.

Nuestra cultura agonizante ha perdido el sentido de orientación hacia El Otro/Sujeto, y perdida la experiencia de esa reciprocidad fundante, encerrada en el Yo-castillo como célula matriz de toda relación, solo queda la relación con Lo Otro/Objeto, el Yo como refracción de Lo Otro, la soledad radical, la de la materia inerte, elevada a fundamento supremo de todo lo existente.

¿No es esta la enfermedad de nuestra cultura? En términos estrictamente clínicos. La enfermedad es aquella condición adquirida por la que literalmente, sin eufemismos, se muere. Y ¿no estamos muriendo como especie? ¿No está herida de muerte la vida del mundo que habitamos? Lo que estamos viendo alrededor, el mundo degradado a Objeto de manipulación, de disputa, de saqueo, ¿no es el espejo de lo que nos pasa dentro? El Yo enclaustrado es por lo mismo un mero objeto-en-el-objeto-total, por más que sea pensante (las máquinas también "piensan", de ese modo, y con más eficacia). El empeño en *vivir* sin *convivir* es un contrasentido.

¿La muerte, la vida? Palabras, conceptos difíciles de definir, porque solo se pueden entender cabalmente cuando se experimentan.

Pero, ¿no será un mal síntoma, el peor de todos, que cada vez nos resulte más difícil identificarlas y diferenciarlas? En realidad "Lo/Otro" no conoce la muerte ni la vida, lo más la ley física de la entropía. ¿La vida? La bioquímica se esfuerza en dar una respuesta; intuyo, sin embargo, que sabía mucho más de ella el que dijo que "el que no da la vida la pierde".

Comprendo que esto sea para muchos un juego de palabras... casi infantil. Pero casi estuvimos a punto de aprenderlo –¿o recordarlo como un foganazo? ¿fugaz?–, por ejemplo, cuando en esos meses terribles de confinamiento salíamos todos los días a las seis de la tarde a los balcones a aplaudir a "nuestros" (¡qué palabra!) médicos y sanitarios. Cuando más encerrados estábamos estuvimos más cerca de entender lo que verdaderamente significa "nosotros".

¡Nosotros! La reciprocidad fundante. No es el mero producto de combinaciones químicas, tampoco el resultado de una acumulación heterogénea; construirla requiere de un impulso fundante que no nace de fuente propia, que nos brota desde dentro (en todo caso; desde un “dentro compartido” que no nos pertenece) y nos “expresa”, esto es, nos revela a nuestra misma conciencia en ese mismo acto de reciprocidad.

Quizá la experiencia del abrazo, sea el momento, verdaderamente sacramental, en el que más cerca estamos, no solo de entendernos a nosotros mismos, sino de entender el universo. Como si alcanzásemos, por un momento, la plenitud de lo que realmente somos-siendo.